



Cuadro «Tisbe», de John William Waterhouse (1909)

Muy lejos, en algún lugar y hace ya mucho tiempo, había dos granjas colindantes. Ambas habían formado parte de una finca romana que contaba con una villa espaciosa y suntuosa; sin embargo, a medida que la época del Imperio se desvanecía de la memoria viva, las estructuras que aún quedaban en pie de los edificios principales habían pasado a manos de dos familias enfrentadas.

El origen de su animosidad —una disputa menor por un abrevadero— había quedado olvidado hacía mucho tiempo, pero desde entonces se habían mantenido distantes el uno del otro y habían ordenado a sus hijos que jamás hablaran con «los de allá» ni les prestaran atención; con el paso de las generaciones, aquello pasó de ser una costumbre a convertirse en una regla inquebrantable: transgredirla era algo impensable.

Ambas familias habían levantado muros en sus propiedades para ignorar mejor la existencia de la otra; en el interior de la antigua mansión, se habían tapiado los pasadizos y reforzado las paredes medianeras con nuevas capas de ladrillo, desde los sótanos hasta el tejado.

Esta barrera interna se había construido hacía mucho tiempo y, dado que la zona era propensa a los temblores, con el paso de los años habían aparecido grietas en su mampostería.

A un lado del muro vivía un muchacho y al otro una muchacha; ambos ignoraban por completo la existencia del otro.

Una tarde calurosa, mientras el chico dormía la siesta en su habitación de la planta alta, una voz dulce —que parecía llegar desde lejos— lo despertó de su sueño. Siguiendo el sonido, descubrió que provenía de una de las grietas que recorrían el muro como una telaraña; al acercar el oído, escuchó la voz de una mujer cantando una canción triste sobre dos amantes que se anhelaban desesperadamente, pero a quienes el destino condenaba a no encontrarse jamás en vida. La historia terminaba en tragedia.

Al terminar ella, él se sintió profundamente conmovido y sintió un deseo irrefrenable de saber quién era la cantante. Haciendo caso omiso de las normas de educación que le habían inculcado, acercó la boca a la grieta y la llamó.

El sonido repentino de su voz la sobresaltó, y tardó un momento en darse cuenta de dónde provenía. Con vacilación, se acercó a su lado del muro y, ante sus constantes súplicas, finalmente respondió a su llamada. Conversaron durante casi una hora y prometieron volver a hacerlo al día siguiente.

A partir de entonces, hablaron todos los días sin falta, sin mencionar jamás su secreto a nadie, por supuesto; pues ambos conocían muy bien las terribles consecuencias que acarrearía que llegara a oídos del «pater familias» el rumor de su intrusión.

El joven, llamado Lisandro, se hallaba en el umbral de la edad adulta y se precipitó de lleno en el apasionado torbellino de su primer amor serio. Apenas una semana después de conocerse, ya no lograba conciliar el sueño; daba vueltas en la cama anhelándola y, cuando por fin lograba dormirse, soñaba con ella: la abrazaba, la besaba o la protegía de leones, lobos y malhechores.

—Debes de estar enamorado, muchacho —comentó en tono de broma uno de sus primos una noche, al ver que apenas probaba bocado en la cena.

—¿Quién es la afortunada?

Él se negó a responder y se retiró a su habitación, sonrojado. Al día siguiente, a primera hora, le abrió su corazón y le confesó que ya no podía vivir sin ella.

Su arrebató, repentino y decidido, la asustó. Ella le sacaba varios años y era más madura; siempre había tenido mucho cuidado de no dejarse llevar por las emociones. Disfrutaba tanto como él de sus conversaciones secretas e incluso anhelaba sus insinuaciones amorosas —pues su vida había carecido de ellas—, pero no estaba dispuesta a poner en riesgo su estilo de vida, por monótono que fuera; al menos, no todavía.

—Pero apenas me conoces —se atrevió a decir ella.

—Te conozco en el corazón y siempre te amaré.

—Solo conoces mi voz —dijo ella—. Podría ser más fea que un espanto.

—Escucho tu voz en mis sueños. No puede provenir sino de una boca dulce y sonrosada, enmarcada en un rostro encantador. A mis ojos, siempre serás hermosa.

Aquello la hizo dudar. Al describirse a sí misma durante una de sus primeras conversaciones, no había sido del todo sincera con él, y lo había hecho a propósito. Él le había dicho que tenía veintiún años, algo que ella tomó por una mentira piadosa; por su forma de hablar..., dieciséis parecía más probable.

Debía de ser todavía un muchacho. ¿Podía confiar en que guardaría silencio sobre su pequeño idilio? Lo último que deseaba era quedar expuesta como una traidora a los principios de su familia.

Su tío se pondría furioso. La Gran Madre sabría lo que él le haría.

Así pues, cuando el joven le preguntó su nombre y cómo era su aspecto, lo primero que le vino a la mente fueron el nombre y la apariencia de la esclava a la que llevaba a su lecho cuando se sentía presa de sus estados de ánimo sombríos y desolados.

Aquella noche, después de la cena, el padre de Lisandro salió a pasear con él.

—¿Qué te pasa, muchacho? —preguntó.

—¿A mí? Nada, señor.

—No estás comiendo bien. ¿Te sientes mal o algo así?

—Oh, no, señor; me encuentro muy bien.

—Mmm, está bien. Quiero que hagas algo por mí.

—Lo que usted diga, señor.

—Mi cuñado necesita ayuda extra. Mañana, al amanecer, prepara tu caballo y ponte en camino. Supongo que será por una semana. Y entrégale esta carta al llegar. Dile que la lea de inmediato —y, sacando un sobre lacrado de su pecho, se lo entregó a su hijo—. Ahora, entremos —dijo—; se está haciendo tarde.

De regreso en su habitación, el joven se dirigió directamente a la grieta para decirle a su amada que debía ausentarse por un tiempo. Sin embargo, al escuchar, quedó desconcertado al oír susurros vagos y ruidos extraños, como gruñidos y otros sonidos indistintos.

No se atrevió a llamar y, cuando lo intentó a primera hora de la mañana, ella no respondió. Así pues, partió a caballo con el corazón apesadumbrado.

Tras tres días de silencio, la joven empezaba a preocuparse seriamente por él. ¿Lo habrían descubierto y castigado? Rogaba que no fuera así. Echaba profundamente de menos sus palabras tiernas, sus caricias verbales. ¿Estaba enamorada de él? ¿Cómo iba a estarlo, en realidad, si ni siquiera lo había visto nunca?

Era una joven que, durante su infancia, se había sentido abandonada y perdida. Sus padres habían fallecido cuando ella aún era niña, y había sido acogida por la familia del hermano de su madre. Todos la trataban con amabilidad, pero ella nunca llegó a sentirse realmente parte de aquel hogar.

Cuando creció y se floreció en una muchacha muy guapa, su tío concertó su matrimonio con un terrateniente —muy rico, pero lo suficientemente mayor como para ser su abuelo— que vivía en la capital y poseía una hacienda cercana.

Al principio se sintió indignada, incluso furiosa, pero al comprender que su tío solo buscaba su bienestar, se tragó tanto las lágrimas como el orgullo.

Sin embargo, todo aquello quedó en nada.

Mientras se dirigía a la hacienda para conocer a su joven prometida, el hombre cayó de su litera y se fracturó la cadera. Murió inválido antes de que terminara el año.

Habían pasado cinco años desde entonces. Ahora rondaba la veintena; seguía siendo atractiva, pero ya era demasiado mayor para un matrimonio ventajoso. Envejecería y moriría soltera en aquella granja. Hasta el momento, tal perspectiva no le había inquietado demasiado, pues su tío le proporcionaba un estilo de vida acomodado. Al fin y al cabo, no era un mal hombre, y ella aceptaba con naturalidad sus visitas ocasionales a su dormitorio. Estar bajo su protección la libraba de los avances más molestos de sus primos, quienes solían disputarse sus favores.

Todo eso estaba muy bien, pero aquel joven llegado «de allá» había despertado en ella los sentimientos de antaño, sus ideales y sus grandes esperanzas de encontrar a un hombre digno de su amor.

¿Podría ser él ese hombre? ¡Ah, si tan solo tuviera la oportunidad de conocerlo en persona!

Al cabo de una quincena, el objeto de sus pensamientos regresaba de la granja de su tío, inmerso a su vez en profundas reflexiones.

¿Acaso su padre lo había enviado allí con una especie de «carta de Belerofonte» por algún motivo concreto? ¿Cuál podría haber sido esa razón?

¿Había alguien insinuado algo sobre sus relaciones con una chica de «allí»?

¿Había sido aquel encargo un castigo o una simple distracción?

Su tío se había mostrado muy sorprendido al verlo. Estaba claro, por su expresión, que no lo esperaba en absoluto; sin embargo, tras leer la carta, había estallado en carcajadas, le había dado una palmada en la espalda y le había dicho:

—Bueno, muchacho, eres más que bienvenido. Me encargaré de que aquí se te dé un buen uso.

Y cumplió su palabra. Cada día le asignaba una tarea de proporciones hercúleas.

Trabajaba como un buey, comía como un lobo y dormía como un tronco.

Al tercer día de faena, ya le había cogido el truco y descubrió que el desafío le gustaba bastante. Se fortalecía y ganaba decisión día a día y, tras doce jornadas de duro trabajo, se había convertido en la viva imagen del mismísimo joven Hércules.

Entonces su tío le concedió un día de descanso —durmió hasta la hora de comer y pasó la tarde con sus primas, que le palpaban los músculos y se reían mucho— y, al día siguiente, le obsequió con una antigua moneda de oro por su esfuerzo y lo envió a casa con otra carta sellada y un saco abultado de provisiones.

Era un día de mucho calor. Al llegar al arroyo que lindaba con la propiedad de «los de allá», llevó a su caballo hasta la orilla para que bebiera y se zambulló en el agua para refrescarse. Mientras flotaba en la zona poco profunda, percibió unas risas que llegaban desde aguas arriba; siguió la orilla hasta la siguiente curva y encontró a un grupo de muchachas que jugaban con una pelota y chapoteaban con desenfado. En la orilla opuesta vio a dos esclavos que las custodiaban; se tomaban las cosas con calma, disfrutando del espectáculo, pero tenían sus garrotes al alcance de la mano.

De inmediato, se puso a cubierto y buscó un lugar entre la maleza desde donde pudiera deleitarse la vista sin ser visto.

¿Podría ser «ella» una de ellas?

Había una muchacha algo mayor que las demás, de figura espléndida, pechos generosos y un rostro de rasgos especialmente bellos. Casi le entristecía admitir que, al ser morena, no encajaba en la descripción de su amada y que, pensándolo bien, tal vez fuera algo mayor para él. Aunque las otras muchachas merecían por sí solas una segunda mirada, ella no tenía comparación.

Además, también eran morenas. No había ni rastro de ninguna náyade rubia entre ellas.

Más tarde, cuando las muchachas hubieron subido por la orilla y comenzado a vestirse, él salió de su escondite y regresó junto a su montura. Esta seguía allí donde la había dejado, pastando tranquilamente. Antes de que pasara una hora, cruzó la entrada de su hacienda y fue recibido por su padre, quien lo examinó de arriba abajo con aire de aprobación y lo abrazó.

—Vaya, vaya —fue todo lo que dijo.

Mientras leía la carta de su cuñado, la sonrisa se le fue ensanchando cada vez más hasta que, por fin, soltó una carcajada y le dio un golpe jovial en el pecho a su desconcertado hijo.

—Lo has hecho bien, muchacho; estoy orgulloso de ti. Y se abrazaron de nuevo, con fuerza, como hacen los hombres vigorosos.

Lo primero que hizo Lisandro al entrar en su habitación fue llamarla por su nombre a través de la rendija, pero no hubo respuesta. Ella no estaba.

La cena se prolongó más de lo habitual, pues todos sentían curiosidad por conocer los detalles de sus esfuerzos y saber cómo se encontraban sus parientes. Cuando por fin quedaron satisfechos y se retiraron, él subió corriendo las escaleras hacia su habitación —de dos en dos los peldaños—, ansioso por volver a oír su voz.

Estaba tumbada en la cama, sin poder dormir. Durante la primera semana aún esperaba que él llamara en cualquier momento, pero ahora, tras haber pasado quince días, había perdido la esperanza de volver a saber de él. Debían de haberlo descubierto y deshonrado; tal vez incluso lo hubieran encarcelado o enviado al exilio.

Una lágrima le recorrió la mejilla y gimió de agonía cuando, de repente, surgió una voz: «¿Xanthe? ¿Estás ahí? Xanthe, soy yo. He vuelto».

Una alegría intensa brotó en su vientre y se propagó por todo su cuerpo. Al instante siguiente, ella estaba junto a la grieta.

«Oh, amor mío, cuánto te he echado de menos», dijo, mientras reía y lloraba al mismo tiempo. Hablaron durante horas, bien entrada la noche, y besaron el muro que los separaba antes de despedirse finalmente. Habían llegado a una conclusión: debían verse, pasara lo que pasara.

Sin embargo, aquello resultó más fácil de decir que de hacer. Todos los planes que discutieron durante la semana siguiente se toparon con las mismas objeciones. Ella no lograba idear un pretexto viable para salir sola del recinto. Tenía que pedir permiso a su tío, y él jamás permitiría que fuera sin compañía. Insistir en el asunto no haría más que despertar sospechas.

—Pero podrías marcharte sin hacer ruido, ¿no? No debe de ser tan difícil escabullirse sin que te vean, incluso de día.

—Quizá no —respondió ella—, pero será mi ausencia lo que cause problemas después.

—Por la noche, cuando todos duermen, nadie se enterará de nada. Además, ¿por qué preocuparse por los problemas posteriores? No serán problemas tuyos.

—¿Qué quieres decir?

—Porque ya no estarás aquí. Estarás conmigo y te llevaré muy lejos de este lugar.

Sus palabras la tomaron totalmente por sorpresa.

—*Pero tú...* no puedes hacer eso —exclamó casi, bajando la voz hasta convertirla en un susurro tras las dos primeras sílabas.

—Claro que puedo —rió él con audacia juvenil—; tengo un caballo y dinero de sobra. Estaremos muy lejos antes siquiera de que se enteren de tu desaparición.

No era así como ella había imaginado su primer encuentro. Aunque le encantaba oír su voz y ansiaba verle la cara, le imponía respeto una medida tan drástica. No estaba dispuesta a dejar su destino al azar sin tener la absoluta certeza de que él valía la pena. ¿Y si, al verla, él se lo pensaba mejor y no cumplía su palabra...?

—Por favor, cariño, vayamos paso a paso. Primero veámonos y luego planeamos el siguiente paso. —¿Pero me quieres, verdad?

—Claro que sí.

—Entonces, ¿por qué no lanzarnos y estar juntos? Mañana por la noche, si quieres.

—Una noche estaremos juntos, te lo prometo, pero dame algo de tiempo. Tengo que hacer preparativos.

Lisandro había estado tanteando a su padre sobre las posibilidades de que ella pasara a formar parte de la familia.

—¿Por qué nunca hablamos de los de allí, señor?

—¿Por qué lo preguntas?

—Solo tenía curiosidad. ¿Son nuestros enemigos?

—Mmm, más o menos.

—¿Alguna vez nos hicieron daño?

—Seguro que sí.

—¿Tuvo usted alguna vez que hablar con ellos de algo, señor?

—¿Y tú?

—Oh, no, señor; no me atrevería.

—¡Que siga siendo así! Son un dolor de culo, todos ellos. Cuanto menos sepamos de ellos, mejor. No quiero tener nada que ver con ellos, ¡nada, ¿me oyes?! —y había soltado un juramento para rematar.

Aquello lo resumía todo para él. Si «los de allá» tenían la misma opinión sobre su familia —y no había razón para pensar lo contrario—, su relación estaba condenada para siempre.

Si querían estar juntos —algo que él anhelaba profundamente—, huir era su única opción.

En su último encuentro, ella había frustrado sus planes directos; sin embargo, al quedarse tumbado en la cama después, él llegó a la conclusión de que lo mejor era fugarse con ella a la primera oportunidad. ¿Para qué esperar más? La idea de ella de

mantener una serie de encuentros furtivos era demasiado arriesgada. Los acabarían descubriendo. Ya fuera en el décimo o en el primero, el resultado sería igual de desastroso.

Si ella se oponía, simplemente la raptaría; no le importaba si gritaba o forcejeaba. Estaba convencido de que, al final, ella accedería y se lo agradecería. El amor es un consuelo maravilloso.

Con esta nueva determinación, se recostó de lado y durmió con una sonrisa en los labios.

Sin conocer las intenciones de él, ella ideó su propio plan, que también se guardó para sí. Primero, adquirió la costumbre de dar una vuelta por el patio todas las noches después de la cena.

A los curiosos les decía que aquello le ayudaba a dormir mejor, pero sus verdaderos motivos eran observar la rutina de la guardia nocturna y determinar el punto de salida más ventajoso en la oscuridad. Al cabo de una semana, llevó consigo a Xanthe, la esclava, para que le hiciera compañía.

Aquella chica era una verdadera joya: rubia, ágil y de ingenio despierto. Había nacido en la casa; su madre estaba embarazada de ella cuando la compraron a unos saqueadores. Su padre debía de ser uno de ellos, un bruto de ojos azules perteneciente a una tribu del norte. Desde su propia infancia, ella siempre había sentido una especial afinidad por aquella niña de cabellos dorados que, de haberlo querido el destino, habría podido pasar por una princesa.

Por fin había decidido cómo organizar su encuentro con Lisandro. La esclava —sin saberlo aún— desempeñaría un papel fundamental en el plan.

Ambas acudirían al lugar de la cita. Ella se ocultaría muy cerca y, cuando él pronunciara su nombre —¡el nombre de la esclava!—, enviaría a esta al encuentro de él. La chica debía fingir ser ella, su amante secreta, y actuar en consecuencia. No debería resultar demasiado difícil.

Desde su escondite, ella misma tendría ocasión de sobra para observar el comportamiento y el aspecto de él; si le agradaba lo que veía, saldría a su encuentro; de lo contrario, la chica seguiría el guion hasta el final —sin permitir que él llegara demasiado lejos, pues ella estaría lista para intervenir si fuera preciso— y, finalmente, hallaría la manera de deshacerse de él.

Era un plan audaz, pero confiaba en la muchacha para llevarlo a cabo, ya que en más de una ocasión había sido testigo de su habilidad para salir indemne de situaciones comprometidas. Al ser esclava y mujer, no podía prescindir de la astucia, o llamémoslo sutileza.

¡Como ella misma, por otra parte! Todo esto para evitar verse envuelta en una relación con un hombre que, a fin de cuentas, tal vez no aprobara, por muy dulce que fuera su labia.

Mientras tanto, Lisandro se había vuelto bastante impaciente. Cada tarde le había rogado que no demorara más la decisión y, por fin, ella accedió.

—Podemos vernos mañana por la noche, amor mío. Habrá luna llena, así que, al menos, podremos vernos un poco. ¿Te parece bien?

—¡Cómo puedes preguntar eso! ¿Que si me parece bien? ¡Llevo más de un mes suplicándotelo!

—Menos de dos semanas, querida. Y no me he quedado de brazos cruzados ninguno de esos días. Había pensado en la arboleda sagrada, en nuestra frontera común, como lugar de encuentro. No queda ni demasiado cerca ni demasiado lejos.

—¡Buena idea! También se me había ocurrido a mí. No se ve desde la casa y hay mucha cobertura por el camino. Media hora de caminata, a lo sumo. Ay, apenas puedo esperar. ¿A qué hora nos vemos?

—¿Tres horas después de la salida de la luna?

—¿Tres horas? ¿Por qué no dos?

—Porque a los de mi casa les puede llevar dos horas retirarse a descansar después de la cena y, para mi escapada, necesitaré algo de... digamos, ¿margen de maniobra? Ambos rieron.

—Bueno, que sean tres horas —dijo él—. Ay, amor, estoy tan emocionado.

—No puedes estarlo más que yo.

Tras la conversación, no pudo contenerse. Tenía que hacer algo. Mientras caminaba de un lado a otro de su habitación, decidió ir a inspeccionar el lugar de encuentro con antelación. Sacó su caballo y partió al trote.

En la arboleda todo parecía paz y sosiego, salvo por el canto de los pájaros, que resultaba ensordecedor. Dentro de un círculo irregular de árboles centenarios se abría un claro natural cubierto de hierbas y pastos altos, cuyas espigas rozaban la panza del caballo.

«No faltará un lecho mullido», pensó inevitablemente.

Cruzó el claro pasando junto a un fresno solitario y antiquísimo, un faro solitario en un mar de hierba. Bajo su sombra, la vegetación era más rala, lo que permitía que el musgo cubriera las raíces retorcidas y nudosas, entremezclado con parches de diminutas flores rosadas. El aire estaba impregnado de un aroma dulce.

«Un lugar idóneo para nuestra cita», se dijo con convicción, como si hubiera sido un experto en lugares de encuentro toda su vida. Se lo contaría a Xanthe mañana por la tarde, en su último encuentro en la grieta.

Mientras recorría el claro, vio un cuervo alzar el vuelo desde el linde del bosque. Al acercarse al lugar, se topó con la carroña de un corzo. No llevaba allí mucho tiempo —dos o tres noches, calculó— y presentaba profundos desgarros. «Malditos lobos», masculló entre dientes; «mañana por la noche traeré una garrote».

Esa misma noche, tras terminar su recorrido por el patio, ella se llevó a Xanthe consigo a su cama. Cuando la chica se dispuso a darle satisfacción, como solía hacer, su ama la estrechó entre sus brazos y, por primera vez, hicieron el amor en pie de igualdad.

—Debo confiarte un secreto —susurró el ama tras un largo silencio—. Sabes guardar secretos, ¿verdad, Xanthe?

La chica, aún sumida en un ensueño, se limitó a asentir.

—Entonces prométeme, querida, que jamás hablarás con nadie de lo que voy a contarte.

Ella lo prometió.

—¿Juras por la Gran Madre guardar silencio eterno al respecto?

Prestó juramento.

Entonces, su ama le explicó todo lo que necesitaba saber y lo que quería que hiciera.

—¿Lo harás por mí? —suplicó.

—Oh, sí, ama —suspiró ella—; por ti haré cualquier cosa —y, estirando el cuerpo involuntariamente, presionó con fuerza su ingle contra la de ella.

La joven mayor sintió cómo la recorría un escalofrío y, por un instante, se sintió tentada, pero se contuvo y envió a la chica a su propia cama. No debía ser imprudente, y menos aún en aquel momento.

Al día siguiente, después de la cena, mientras daban su habitual paseo por el patio, ella le habló a la chica del lugar de encuentro: el claro en la arboleda sagrada y el fresno solitario.

Había estado hablando con Lisandro por la tarde y él se mostraba tan eufórico ante la perspectiva de reunirse con ella, que ella le había advertido que no llamara demasiado la atención con su alegría, no fuera a ser que su familia empezara a sospechar. El joven tonto se había reído.

Una vez de vuelta en su habitación, le dijo a la chica que se desvistiera, algo que ella pareció estar más que dispuesta a hacer. —Estúpida esclava —masculló con irritación—, ahora no hay tiempo para eso. Toma, ponte esto.

Le había buscado una túnica suya bastante decente y una vieja capa de lana oscura con capucha.

¡Desde luego, no podía enviar a la muchacha junto a su amante vestida con sus harapos de esclava!

—Ahora, siéntate en el taburete y deja que te peine.

Tras cepillar los cabellos dorados y hacerle dos trenzas finas que nacían en las sienes y se unían en la nuca, examinó a su sustituta y quedó satisfecha con el resultado. A la luz de la luna, bien podría pasar por una diosa.

—Escucha, Xanthe —dijo, sorprendida ella misma por la metamorfosis—: a partir de ahora, tú eres yo. No eres una esclava, sino una dama. Así que compórtate como tal cuando te encuentres con ese hombre. Sé amable con él, deja que se salga con la suya, pero no del todo; ¿entiendes?

La chica asintió con solemnidad. Ya se sentía otra persona. Las ropas lujosas, el peinado... se sentía como si caminara sobre las nubes.

—Estaré cerca. Si me gusta su actitud, si me gusta su rostro, saldré a relevarte.

Bastarán cinco o diez minutos, a lo sumo. Si no aparezco, recházalo, dile que se largue. Sé que eres capaz de hacerlo.

La chica sonrió. Ella también lo sabía.

—¿Y si insiste? —preguntó con timidez.

—No te preocupes. No creo que lo haga, pero si no logras apartarlo, estaré allí para protegerte. Solo llámame. Entre las dos seremos más de lo que él pueda manejar.

Durante un instante permanecieron mirándose. Luego, su ama la abrazó y dijo: —Ha llegado el momento. Oh, Xanthe, te estoy muy agradecida; sé el riesgo que corres por mí. Por favor, por favor, no dejes que te atrapen —y la besó apasionadamente.

—Ve tú primero. No dejes que nadie te vea. Dirígete al punto de encuentro y espérame allí. Yo iré detrás de ti dentro de un cuarto de hora. Jamás debemos dejarnos ver juntas —y, con el corazón encogido, soltó a ella y la acompañó a la salida.

De pie junto a la ventana, temía que en cualquier momento estallara un alboroto, pero solo reinaba el silencio. Cuando estaba a punto de ponerse la capa y marcharse, la puerta se abrió desde fuera. Se volvió bruscamente, aterrada por el ruido, y vio a su tío entrar en la habitación. Había estado bebiendo y estaba de un humor bullicioso. La retuvo allí durante bastante tiempo.

Qué fácil resultaba burlar a la guardia nocturna si uno conocía sus rondas. Envuelta en su capa oscura y con la capucha puesta, Xanthe llegó sin dificultad al primer grupo de arbustos más allá de los límites del recinto. Allí aguardó a que los guardias pasaran de nuevo junto a ella durante su patrulla; una vez que se hubieron alejado, pudo seguir el sendero hacia la arboleda sin ser vista. Conocía bien el camino, pues su familia —junto con sus libertos y esclavos— solía acudir en procesión a aquel claro al cambiar las estaciones para celebrar a la Gran Madre.

Sin embargo, en aquellas ocasiones siempre iba acompañada por mucha gente, entre antorchas y cánticos; ahora, en cambio, se encontraba sola en la oscuridad, rodeada por los inquietantes sonidos de la noche. La luna llena ya había ascendido hasta la mitad del firmamento e iluminaba su camino, pero en algunos tramos el follaje de los árboles era tan denso que bloqueaba por completo la tenue luz, obligándola a tantear el paso en una negrura absoluta.

En una ocasión, un fuerte chasquido cercano le dio un susto de muerte justo antes de que una enorme sombra se cruzara en su camino —quizás un ciervo al que había espantado—, pero lo que más la angustiaba era el lejano aullido de los lobos a la luna.

Tras casi una hora, llegó al claro. La luz de la luna, jugando con las inmóviles espigas de la hierba, creaba una atmósfera mágica que a ella le daba reparo perturbar.

Reponiéndose, se adentró en aquel mar de hierba y caminó hasta el fresno gigante; bajo la fresca claridad lunar, el árbol parecía hecho de plata.

De pie junto al imponente tronco, miró a su alrededor. En medio de la extraña belleza del lugar, se sintió inquieta y desolada. Trepó al árbol y, acomodada en una de las ramas bajas, aguardó la llegada de su señora.

Lisandro se había retrasado. Para su disgusto, a última hora de la tarde habían llegado unos invitados procedentes de la villa comercial situada al sur. La cena se prolongó más de lo previsto y, para cuando la casa quedó en silencio y pudo intentar su cometido con seguridad, la luna ya se acercaba a su cenit.

Se escabulló hacia las caballerizas y, aprovechando que la guardia nocturna patrullaba el extremo más alejado del recinto, sacó su montura y la condujo a un lugar resguardado. Esperó a que los guardias se alejaran lo suficiente para no oírlo, montó y avanzó sobre el césped blando, que amortiguaba el ruido de los cascos. Una vez superada la suave pendiente más allá de la empalizada, espoleó al caballo para lanzarlo al galope.

Llegaba tarde, pero confiaba en que su amada tuviera el buen juicio de concederle cierto margen de espera.

Mientras tanto, Xanthe estaba al borde de la desesperación. Llevaba más de una hora esperando; su ama no había aparecido, y tampoco nadie más. Observaba con ansiedad el camino por el que había llegado, señalado por una ligera hendidura en la hilera de árboles, al final del rastro que su paso había dejado en la hierba. No se percató de la llegada de un jinete que se acercaba al árbol desde otra dirección, situándose ligeramente a su espalda. Cuando él se detuvo bajo el árbol y pronunció su nombre, ella casi se cae de su improvisado refugio.

—¿Xanthe...? ¿Xanthe, sigues ahí?

Ella giró la cabeza bruscamente para mirarlo, pero el grueso tronco le impedía verlo. Al poco rato, el jinete rodeó el árbol y apareció ante su vista. La llamó de nuevo, aunque esta vez con voz más tenue —pues su esperanza de encontrarla empezaba a desvanecerse—, hasta que reparó en sus piernas colgantes.
—¡Por la Gran Madre! —exclamó, rebosante de alegría—. ¡Por fin te he encontrado!

Así era. Su ama no estaba por ninguna parte; de eso estaba segura. Tendría que enfrentarse a él ella sola. No había más remedio.

Bajó del árbol y se acercó al jinete. Por un ardid de la diosa, la luna llena se situaba justo detrás de la cabeza de él, y lo que vio la dejó maravillada: la silueta aureolada de un joven semidiós. Se quedó boquiabierta...

Él bajó la vista hacia el rostro de ella, bañado por la luz de la luna, y quedó igualmente atónito: ¡qué muchacha tan adorable! Rápidamente, se deslizó de su caballo. Durante un instante permanecieron frente a frente, sin palabras; luego, él la tomó en sus brazos.

—Oh, amor mío, cuánto te he anhelado todo este tiempo, cuánto he deseado este preciso momento.

Por supuesto, ella no podía decir lo mismo; pero, al recordar que era una representación de su ama —con quien había hecho el amor justo la noche anterior—, su imaginación no tardó en llenar el vacío.

¿Pero a quién le importaban las palabras? Se gustaron nada más verse y sintieron una intensa conexión física. Ella acarició su ancho pecho y palpó los fuertes músculos de sus brazos; él acarició los pechos puntiagudos y los pezones endurecidos de ella. Al instante siguiente, fingiendo huir, ella le arrojó la capa al rostro y lo retó a perseguirla entre la hierba alta. Cuando él logró atraparla, ambos cayeron al suelo entre risas y se abrazaron con pasión desenfrenada. Se entregaron al placer sin reservas, una y otra vez; los espasmos de éxtasis de ella agotaron hasta la última gota de las energías de él. Exhaustos, permanecieron un rato tumbados boca arriba, uno junto al otro sobre los tallos aplastados, sin romper el contacto y contemplando la inmensidad estrellada del firmamento. Finalmente, él se inclinó y la besó.

—Debemos marcharnos, vida mía —dijo él mirando la luna—; si nos quedamos más tiempo, nos encontrarán.

—Oh, no, todavía no —suplicó ella, aferrándose a él—; pero él se levantó de todos modos, tirando de ella para ponerla en pie.

Durante unos instantes permanecieron estrechamente abrazados, como fundidos en un solo cuerpo, pero él rompió el hechizo.

—Vamos, querida —dijo él—, no hay tiempo que perder. Ya vendrán otros momentos... Mientras él reacomodaba los sacos en el lomo de su caballo, ella recogió su túnica y su capa y se las puso. Con una sensación de angustia lo vio montar,

esperando que la dejara atrás para que regresara sola por el bosque hasta la granja, a la rutina de su vida cotidiana y a las excentricidades de sus amos. Las lágrimas brotaron de sus ojos.

—¿A qué esperas? —rió él—. Vamos, deja que te lleve a casa.

—Pero no puedes hacer eso —exclamó ella entre sollozos.

—Claro que puedo —replicó él, con una vaga sensación de «déjà vu».

Acercó el caballo a ella y la levantó por las axilas con tanta facilidad como si fuera una niña. La acomodó frente a él, sentada de lado, y espoleó al caballo para que comenzara a caminar.

Al cabo de un rato, ella alzó la vista hacia él.

—Vas en la dirección equivocada.

—No te preocupes, te llevaré a casa.

—Pero mi casa está por allá.

—Y nuestro hogar está por aquí.

Ella dejó que esas palabras calaran. Decidió no poner objeciones. En su lugar, le rodeó la cintura con los brazos y recostó la cabeza en su hombro. Él le besó la frente con ternura y así cabalaron hacia la noche.

Poco después de que ellos se marcharan, la otra joven entró en el claro.

Cuando su tío finalmente la dejó sola, no supo qué hacer. Había llamado a Lisandro en la grieta, pero no obtuvo respuesta. Él seguramente seguía fuera. ¿Y la chica?

Ella había bajado sigilosamente las escaleras hasta los alojamientos de los esclavos y los había encontrado a todos dormidos, excepto a ella. Su jergón estaba vacío. ¿Qué habría sido de ella? Tal vez estuviera regresando en ese preciso instante. Maldijo su mala suerte, maldijo a su tío y se maldijo a sí misma.

Podría haber esperado, por supuesto, pero, presa de la agitación, se puso la capa y corrió hacia la puerta. La guardia no supuso ningún problema; estaban profundamente dormidos.

Ahora, en el linde del bosque, permanecía allí escudriñando el claro. La luna seguía alta en el cielo, pero se había desplazado junto con las constelaciones y brillaba desde un ángulo distinto. El fresno ya no lucía plateado; iluminado desde atrás, se había transformado en una masa oscura con un aura inquietante en su contorno. Su imponente volumen dominaba la escena y le confería un aspecto siniestro.

Aquello la hizo estremecerse involuntariamente.

Siguiendo el rastro que Xanthe había dejado poco antes, llegó hasta el árbol y lo primero que vio fue un montón de estiércol de caballo reciente.

Así pues, él había estado allí, al menos. ¿Pero y la chica? ¿Se habrían encontrado o ella habría permanecido oculta? ¿Podría estar todavía por los alrededores? Llamó a ambos por su nombre varias veces, pero nada se movió.

Sin embargo, más allá, en lo profundo del bosque, el sonido de su voz hizo que algunos oídos atentos se erguieran.

Mientras recorría el lugar para una última inspección, dio con el sitio donde la hierba estaba pisoteada, allí donde habían yacido juntos. ¡Así que realmente se habían encontrado! Por una razón oscura, imaginar lo que debía de haber ocurrido allí la enfureció. No debería haber sido así.

Pero ¿dónde estaban ahora? Si, tras su encuentro amoroso, hubieran regresado a casa, ella se habría cruzado con la chica por el camino, pero no había sido así. ¿Habría tomado una ruta diferente? Poco probable...

De repente, un pensamiento inquietante le cruzó la mente: algo que Lisandro había dicho tiempo atrás y que, en aquel entonces, la había alterado profundamente. No, él no habría sido tan imprudente como para... no lo habría hecho... ¿verdad? Para entonces, la chica ya estaría en su cama. Tenía que estarlo.

Tenía que asegurarse.

Sin detenerse a pensar más en el lugar, echó a correr por la hierba y bajó por el sendero que atravesaba el bosque. Estaba demasiado absorta para reparar en las sombras plateadas que se deslizaban entre los árboles, por caminos paralelos al suyo. La atacaron al llegar a un claro. Solo tuvo tiempo de lanzar un grito penetrante que resonó a lo lejos, haciendo que algunos habitantes de ambas granjas se revolvieran inquietos en sueños.

Entonces, un lobo feroz le mordió la garganta y la silenció para siempre.

Al día siguiente, un pastor encontró lo que quedaba de ella. Había visto una bandada de aves y pensó que alguna oveja habría muerto a la intemperie; pero, al descubrir los jirones ensangrentados de su ropa, cayó de rodillas y lanzó un lamento desgarrador. Desde temprano, en la casa reinaba una gran consternación por su ausencia. Al oír aquel lamento lejano, el temor se apoderó de todos ante la sospecha de que algo terrible había sucedido; y cuando el pastor apareció con una prenda ensangrentada, todos rompieron a llorar y un gran clamor de dolor se alzó en el patio.

Al otro lado del muro, el grito del pastor tampoco había pasado inadvertido y tenía a la familia profundamente preocupada. Faltaban un hombre y su caballo. Por alguna razón, debió de haber salido a cabalgar durante la noche y aún no había regresado. ¿Le habría ocurrido algún percance, o algo peor? Su padre empezó a inquietarse. Ya estaba pensando en organizar una búsqueda cuando, ante el estallido de lamentos proveniente de «los de allá», decidió que primero debía averiguar qué sucedía e hizo algo insólito.

Tras ordenar a sus dos hijos mayores que lo siguieran, rodeó el muro más cercano y entró en el patio de su vecino. El lugar era un caos absoluto; había gente de pie o arrodillada por todas partes, llorando y lamentándose.

Dirigiéndose a la entrada principal, encontró a su homólogo —el dueño de la casa— acurrucado junto a los suyos en el pórtico.

—Por favor, señor —dijo alzando la voz por encima del clamor—, permítame hablar. Acudo a usted en un momento de gran pesar. Soy su vecino y yo mismo tengo motivos para el duelo. Quisiera hablar con usted sobre nuestra desgracia común.

Gradualmente, y luego de repente, un silencio sepulcral cayó sobre el patio mientras todas las miradas, empañadas por las lágrimas, se centraban en el audaz trío que aguardaba ante el señor.

Al principio, este pareció quedar mudo de asombro. Aún no lograba comprender cómo su sobrina predilecta —a quien había sostenido en brazos hacía apenas unas horas— había encontrado un final tan espantoso en el bosque.

Quizás aquel hombre pudiera esclarecer lo sucedido. Dio un paso al frente y, durante un instante, ambos permanecieron frente a frente en silencio. El hombre no se parecía en nada al ogro que él había imaginado desde su juventud; parecía, más bien, una persona sensata. Lentamente, tendió las manos, que el otro estrechó con gratitud.

—Sígame, señor —dijo, y lo condujo al interior.

Ambos eran hombres prácticos, dispuestos a tomar atajos según lo consideraran oportuno. Organizaron una búsqueda por los bosques circundantes en la que participaron todos los hombres aptos de ambas casas. Superando su incomodidad inicial, quienes antes eran desconocidos terminaron llevándose bastante bien.

Sin embargo, los resultados de la búsqueda fueron escasos. Aparte de un montón de estiércol de caballo —un consuelo más bien escaso—, no había mucho en qué basarse. Aquello dio pie a diversas especulaciones, pero ninguna lograba explicar la desaparición del jinete. Si él y la joven se habían citado en secreto, como algunos suponían, ¿por qué él no había regresado?

La esclava suponía otra complicación. Debía de haber acompañado a su ama, tal como hacía cada noche en el patio. ¿Había muerto devorada por los lobos en algún otro lugar? No habían hallado rastro alguno de ella.

Al día siguiente, se erigió una pira en un campo fuera de la propiedad. Al atardecer, los tristes restos de la joven fueron incinerados en presencia de toda la casa y de sus vecinos.

Más tarde ese mismo año, ambas familias participaron en la procesión hacia la arboleda sagrada para celebrar a la Gran Madre. La ocasión fue especialmente festiva,

pues bajo el fresno gigante dos parejas intercambiaron sus votos matrimoniales: el hijo mayor de una familia con la hija mayor de la otra, y viceversa. Se derribaron los muros divisorios y se revistieron de argamasa las grietas restantes. Bastó menos de un año para que la antigua disputa se convirtiera en un recuerdo vago, una insensatez de generaciones pasadas.

Para su familia, la desaparición de Lisandro siguió siendo siempre un misterio. Nunca volvieron a saber de él.

Sin embargo, con el paso de los años, debió de irle bastante bien, pues su nombre figura en el registro del reino como titular de un «beneficium» en una zona remota del mismo.

También se menciona el nombre de su esposa. Al parecer, en su boda había adoptado el nombre de su antigua ama. Fue lo bastante astuta como para no revelar jamás su verdadera identidad a nadie —ni siquiera a su marido— y, de este modo, como señora, honró el juramento que en su día prestó como esclava.

Ronald Langereis,
Amsterdam, 15 de octubre de 2026

¿Te ha gustado esta historia?
Tus [comentarios](#) son bienvenidos.

También hay disponible una traducción [al inglés](#).